

había sido amante de Obdulia, porque ella se lo había confesado. «¡El único!» según la dama. Pero Orgaz sospechaba que había heredado aquellos amores Paco. Obdulia juraba que no.

—Pues tu rival es don Saturnino Bermúdez, el descendiente de cien reyes, ya sabes, mi primo, según él... Ayer creo que hubo un escándalo en la catedral, que el Palomo tuvo que echarlos poco menos que á escobazos: ¿qué creías tú, que Obdulia sólo tenía citas en las carboneras? Pues también en los palacios y en los templos...

*Pauperum tabernas, regumque turres.*

Joaquinito, fingiendo mal buen humor, preguntó:

—Pero tú ¿cómo sabes todo eso?

—Es muy sencillo. La señora de Infanzón... ya sabe éste quién es.

—Sí—dijo Mesía—la de Palomares...

—Esa, fué á la catedral con Obdulia, les acompañó el arqueólogo, y en la capilla de las reliquias, en los sótanos, en la bóveda, en todas partes creo que se daban unos... apretones... La Infanzón se lo contó á mamá que se moría de risa; la lugareña estaba furiosa... Hoy mi madre, para divertirse—ya sabes lo que á la pobre le gustan estas cosas—quería ver á Obdulia y á don Saturno juntos, en casa, á ver qué cara ponían, aludiendo mamá á lo de ayer. La llamó, pero Obdulia se disculpó diciendo que esta tarde tenía que pasarla en casa de Visitación para hacer las empanadas de la merienda... ya sabes lo de la tertulia de la otra...

—Sí, ya sé.

—Con que allí las tienes, con los brazos al aire... y... ya sabes... en fin, que está el horno para pasteles.

—En honor de la verdad—observó Mesía—la viuda

está apetitosa en tales circunstancias. Yo la he visto en casa de éste, con su gran mandil blanco, su falda bajera ceñida al cuerpo, la pantorrilla un poco al aire y los brazos con todo al fresco... colorada, excitadota...

El flamenco tragó saliva.

—Es la mujer X—dijo sin poder contenerse.—¿Y él? —añadió.

—¿Quién?

—El sabihondo ese...

—Ah! ¿don Saturnino? Pues tampoco fué á casa. Contestó muy fino en una esquila perfumada, como todas las suyas, que parecen de *cocotte* de sacristía...

—¿Qué contestó?

—Que estaba en cama y que hiciera mamá el favor de mandarle la receta de aquella purga tan eficaz que ella conoce. El pobre Bermúdez sería feliz, dado que te desbanque, si no fueran esas irregularidades de las vías digestivas.

Joaquín siguió algunos minutos hablando de aquellas bromas y se despidió.

—Pobre diablo!—dijo Mesía.

—Es pesado como un plomo.

Callaron. Vegallaná miraba de soslayo á su amigo de vez en cuando. Don Álvaro iba pensativo. Aquel silencio era de esos que preceden á confidencias interesantes de dos amigos íntimos.

Aquella amistad era como la de un padre joven y un hijo que le trata como á un camarada respetable y de más seso. Pero además Paco veía en su Mesía un héroe. Ni el ser heredero del título más envidiable de Yetusta, ni su buena figura, ni su partido con las mujeres, envanecían á Paco tanto como su intimidación con don Álvaro. Cuarenta años y alguno más contaba el Presidente del casino, de veinticinco á veintiseis el futuro marqués, y á pesar de esta diferencia en la edad congeniaban, tenían los mismos gustos, las mis-

mas ideas, porque Vegallana procuraba imitar en ideas y gustos á su ídolo. No le imitaba en el vestir, ni en las maneras, porque discretamente, al notar algunos conatos de ello, don Alvaro le había hecho comprender que tales imitaciones eran ridículas y cursis. Burlándose de Trabuco había apartado á Paco, que tenía instintos de verdadero elegante, de tales propósitos. Y así era el marquesito original, vestía á la moda, según la entendía su sastre de Madrid, que le tomaba en serio, que le cuidaba, como á parroquiano inteligente y de mérito. No exageraba ni por ajustar demasiado la ropa ni por dejarla muy holgada, ni se excedía en los picos de los cuellos, ni en las alas de los sombreros.

Procuraba tener estilo indumentario para no parecerse á cualquier figurín. No creía en los sastres de Vetusta y ni unas trabillas compraba en su tierra. Nadie era sastre en su patria. En verano prefería los sombreros blancos, los chalecos claros y las corbatas alegres. La esencia del vestir bien estaba en la pulcritud y la corrección, y el peligro en la exageración adocenada. Era blanco, sonrosado, pero sin rastro de afeinamiento, porque tenía hermosa piel, buena sangre, mucha salud; las mujeres le alababan sobre todo la boca, dientes inclusive, la mano y el pié. Hasta en aquellos lugares donde el hombre suele perder todo encanto, porque es el deber, lograba conquistas verdaderas y de ello se pagaba no poco el marquesito, que trataba con desdén á las queridas ganadas en buena lid, y con grandes miramientos y hasta cariño á las que le costaban su dinero. Su literatura se había reducido á la *Historia de la prostitución* por Dufour, á la *Dama de las Camelias* y sus derivados, con más algunos panegíricos novelescos de la mujer caída. Creía en el buen corazón de las que llamaba Bermúdez meretrices y en la corrupción absoluta de las clases superiores.

Estaba seguro de que si no venía otra irrupción de Bárbaros, el mundo se podría de un día á otro. Lo lamentaba, pero lo encontraba muy divertido.

Además, pensaba que el buen casado necesita haber corrido muchas aventuras. Él estaba destinado á cierta heredera tan escualida como virtuosa, y había puesto por condición, para comprometer su mano, que le dejaran muchos años de libertad en la que se prepararía á ser un buen marido. La duda que le atormentaba y consultaba con Mesía era esta:

—¿Debo casarme pronto para que mi mujer no llegue á mis brazos hecha una vieja? ¿Debo preferir tomarla vieja y ser libre más tiempo para disfrutar de otras lozanías?

No pensaba él, por supuesto, abstenerse del amor adúltero en casándose; pero ¿y la comodidad? ¿y el andar á salto de mata, ocultándose como un criminal?

Prefería seguir preparándose para ser un buen esposo.

Después de Mesía, pocos seductores había tan afortunados como el Marquesito. La vanidad solía ayudarle en sus conquistas; no pocas mujeres se rendían al futuro marqués de Vegallana; pero otras veces, y esto era lo que él prefería, vencían sus ojos azules, suaves y amorosos, su manera de entender los placeres.

—Para gozar—decía—las de treinta á cuarenta. Son las que saben más y mejor, y quieren á uno por sus prendas personales.

Como una dama rica y elegante deja vestidos casi nuevos á sus doncellas, Mesía más de una vez dejaba en brazos de Paco amores apenas usados. Y Paco, por ser quien era el otro, los tomaba de buen grado. Tanto le admiraba.

Paco era de mediana estatura y cogido del brazo de

su amigo parecía bajo, porque Mesía era más alto que el buen mozo de Pernueces.

—¿A dónde vamos?—preguntó Vegallana, queriendo provocar así la confianza que esperaba.

Don Alvaro se encogió de hombros.

—Puede ser que esté ella en mi casa.

—¿Quién?

—Anita. Bah!

Don Alvaro sonrió, mirando con cariño paternal á Paco.

Le cogió por los hombros y le atrajo hacia sí, mientras decía:

—Muchacho, tú eres *l'enfant terrible!* ¡Qué ingenuidad! Pero ¿quién te ha dicho á ti?...

—Estos.

Y puso Paco dos dedos sobre los ojos.

—¿Qué has visto? No puede ser. Yo estoy seguro de no haber sido indiscreto.

—¿Y ella?

—Ella... no estoy seguro de que sepa que me gusta.

—Bah! Estoy seguro yo... Y más; estoy seguro de que le gustas tú.

Una mano de Mesía tembló ligeramente sobre el hombro de Vegallana.

El marquesito lo sintió, y vió en el rostro de su amigo grandes esfuerzos por ocultar la alegría. Los ojos fríos del *dandy* se animaron. Chupó el cigarro y arrojó el humo para ocultar con él la expresión de sus emociones.

Anduvieron algunos pasos en silencio.

—¿Qué has visto tú... en ella?

—¡Hola, hola! Parece que pica.

—¡Ya lo creo! ¿Y dónde creerás que pica?

Vegallana se volvió para mirar á Mesía.

Éste señaló al corazón con ademán joco-serio.

—¡Puf!—hizo con los labios Paco.

—¿Lo dudas?

—Lo niego.

—No seas tonto. ¿Tú no crees en la posibilidad de enamorarse?

—Yo me enamoro muy fácilmente...

—No es eso.

—¿Y te pones colorado?

—Sí; me da vergüenza, ¿qué quieres? Esto debe de ser la vejez.

—Pero, vamos á ver, ¿qué sientes?

Mesía explicó á Paco lo que sentía. Le engañó como engañaba á ciertas mujeres que tenían educación y sentimientos semejantes á los del marquesito. La fantasía de Paco, sus costumbres, la especial perversión de su sentido moral le hacían afeminado en el alma en el sentido de parecerse á tantas y tantas señoras y señoritas, sin malos humores, ociosas, de buen diente, criadas en el ocio y el regalo, en medio del vicio fácil y corriente.

Era muy capaz de un sentimentalismo vago que, como esas mujeres, tomaba por exquisita sensibilidad, casi casi por virtud. Pero esta virtud para damas se rige por leyes de una moral privilegiada, mucho menos severa que la desabrida moral del vulgo. Paco, sin pensar mucho en ello, y sin pensar claramente, esperaba todavía un amor puro, un amor grande, como el de los libros y las comedias; comprendía que era ridículo buscarlo y se declaraba escéptico en esta materia; pero allá adentro, en regiones de su espíritu en que él entraba rara vez, veía vagamente *algo mejor* que el ordinario galanteo, algo más serio que los apetitos carnales satisfechos y la vanidad contenta. Necesitaba para que todo eso saliera á la superficie, para darse cuenta de ello, que fantasía más poderosa que la suya provocase la actividad de su cerebro; la elocuencia de Mesía, insinuante, corrosiva, era el incentivo más á propósito. En un cuarto de hora, empleado

en recorrer calles y plazuelas, don Álvaro hizo sentir al otro aquellos algos indefinidos del amor dosimétrico, que era la más alta idealidad á que llegaba el espíritu del marquesito.

«Sí, todo aquello era puro. Se trataba de una mujer casada, es verdad; pero el amor ideal, el amor de las almas elegantes y escogidas no se pára en barras. En París, y hasta en Madrid se ama á las señoras casadas sin inconveniente. En esto no hay diferencia entre el amor puro y el ordinario.

Importaba mucho al jefe del partido liberal dinástico de Vetusta que Paquito le creyera enamorado de aquella manera sutil y alambicada. Si se convencía de la pureza y fuerza de esta pasión, le ayudaría no poco. La amistad entre los Vegallana y la Regenta era íntima. Paco jamás había dicho una palabra de amor a su amiga Anita, y ésta le estimaba mucho; lo poco expansiva que era ella con Paco lo había sido mejor que con otros; en la casa del marqués, además, se la podía ver á menudo; en otras casas pocas veces. Si Mesía quería conseguir algo, no era posible prescindir de Paquito. Supongamos que Ana consentía en hablar con don Alvaro á solas, ¿dónde podía ser? En casa del Regente? Imposible, pensaba el seductor; esto ya sería una traición formal, de las que asustan más á las mujeres; semejantes enredos no podía admitirlos la Regenta, por lo menos al principio. La casa de Paco era un terreno neutral; el lugar más á propósito para comenzar en regla un asedio y esperar los acontecimientos. Don Alvaro lo sabía por larga experiencia. En casa de Vegallana había ganado sus más heroicas victorias de amor. Su orgullo le aconsejaba que no hiciera en favor de Ana Ozores una excepción que á todo Vetusta le parecería indispensable.

Por lo mismo, quería él vencer allí para que vieran. Había de ser en el salón amarillo, en el célebre sa-

lón amarillo. ¿Qué sabía Vetusta de estas cosas? Tan mujer era la Regenta como las demás; ¿por qué se empeñaban todos en imaginarla invulnerable? ¿Qué blindaje llevaba en el corazón? ¿Con qué unto singular, milagroso, hacía incombustible la carne flaca aquella hembra? Mesía no creía en la virtud absoluta de la mujer; en esto pensaba que consistía la superioridad que todos le reconocían. Un hombre hermoso, como él lo era sin duda, con tales ideas tenía que ser irresistible.

«Creo en mí y no creo en ellas». Esta era su divisa.

Para lo que servía aquel supersticioso respeto que inspiraba á Vetusta la virtud de la Regenta era, bien lo conocía él, para aguijonearle el deseo, para hacerle empeñarse más y más, para que fuese poco menos que verdad aquello del enamoramiento que le estaba contando á su amiguito.

»Él era, ante todo, un hombre político; un hombre político que aprovechaba el amor y otras pasiones para el medro personal.» Este era su dogma hacia más de seis años. Antes conquistaba por conquistar. Ahora con su cuenta y razón; por algo y para algo. Precisamente tenía entre manos un vastísimo plan en que entraba por mucho la señora de un personaje político que había conocido en los baños de Palomares. Era otra virtud. Una virtud á prueba de bomba; del gran mundo. Pues bien, había empezado á minar aquella fortaleza. ¡Era todo un plan! Esperaba en el buen éxito, pero no se apresuraba. No se apresuraba nunca en las cosas difíciles. Él, el conquistador á lo Alejandro, el que había rendido la castidad de una robusta aldeana en dos horas de pugilato, el que había deshecho una boda en una noche, para sustituir al novio, el Tenorio tepentista, en los casos graves procedía con la paciencia de un estudiante tímido que ama platónicamente. Había mujeres que sólo así su-

cumbían; á no ser que abundasen las ocasiones de los ataques bruscos con seguridad del secreto: entonces se acortaban mucho los plazos del rendimiento. La señora del personaje de Madrid era de las que exigían años. Pero el triunfo en este caso aseguraba grandes adelantos en la carrera, y esto era lo principal en Mesía, el hombre político. Ahora se empezaba á hablar en Vetusta de si él ponía ó no ponía los ojos en la Regenta. ¡Vergüenza le daba confesárselo á sí propio! Dos años hacía que ella debía de creerle enamorado de sus prendas! Sí, dos años llevaba de prudente sigiloso culto externo, casi siempre mudo, sin más elocuencia que la de los ojos, ciertas idas y venidas, y determinadas actitudes ora de tristeza, ora de impaciencia, tal vez de desesperación. Y ¡mayor vergüenza todavía! otros dos años había empleado en merecer el poeta Trifón Cármenes, enamorado líricamente de la Regenta. Bien lo había conocido don Alvaro, y aunque el rival no le parecía temible, era muy ridículo coincidir con tamaño personaje en la fecha de las operaciones y en el sistema de ataque. Pero al principio no había más remedio, había que proceder así. Claro es que el poeta se había quedado muy atrás; no había pasado de esta situación, poco lisonjera: la Regenta no sabía que aquel chico estaba enamorado de ella. Le veía á veces mirarla con fijeza y pensaba:

«Qué distraído es ese poetilla de *El Lábaro!* deben de tenerle muy preocupado los consonantes.» Y en seguida se olvidaba de que había Cármenes en el mundo. Entonces ya no le quedaba al poeta más testigo de su dolor que Mesía, la única persona del mundo que entendía el sentido oculto y hondo de los versos eróticos de Cármenes. Aquellas elegías parecían charadas, y sólo podía descifrarlas don Alvaro dueño de la clave. Esta parte ridícula, según él, de su empeño, ponía furioso unas veces al gentil Mesía y otras de muy buen

humor. ¡Era chusco! ¡Él, rival de Trifón! Había que dar un asalto. Ya debía de estar aquello bastante preparado. Aquello era el corazón de la Regenta.

El Presidente del casino apreciaba el progreso de la cultura por la lentitud y rapidez en esta clase de asuntos. Vetusta era un pueblo primitivo. Dígalo sino lo que á él le pasaba con Anita Ozores. Verdad era que en aquellos dos años había rendido otras fortalezas. Pero ninguna aventura había sido de las ruidosas; nada podía saber la Regenta de cierto y el amor y la constancia del discreto adorador debían de ser para ella cosa poco menos que segura. La prudencia y el sigilo eran datos positivos de don Alvaro en tales asuntos. Sus aventuras actuales pocos las conocían; las que sonaban y hasta refería él siempre eran antiguas. Con esto y la natural vanidad que lleva á la mujer á creerse querida de veras, la Regenta podía, si le importaba, creer que el Tenorio de Vetusta había dejado de serlo para convertirse en fino, constante y platónico amator de su gentileza. Esto era lo que él quería saber á punto fijo. ¿Creería en él? ¿le sacrificaría la tranquilidad de la conciencia y otras comodidades que ahora disfrutaba en su hogar honrado?

Algunas insinuaciones tal vez temerarias le habían hecho perder terreno, y con ellas había coincidido el cambio de confesores de la Regenta.

«Todo se puede echar á perder ahora», había pensado don Alvaro. «La devoción sería un rival más temible que Cármenes; el Magistral un cancerbero más respetable que don Víctor Quintanar, mi buen amigo.»

No había más remedio que jugar el todo por el todo. Había llegado la época de la recolección: ¿serían calabazas? No lo esperaba; los síntomas no eran malos; pero, aunque se lo ocultase á sí mismo, no las tenía todas consigo. Por eso le irritaba más la supersticiosa fe de Vetusta en la virtud de aquella señora; le irrita-

ba más porque él, sin querer, participaba de aquella fe estúpida.

«Y con todo, yo tengo datos en contra, pensaba, ciertos indicios. Y además, no creía en la mujer fuerte. ¡ Señor, si hasta la Biblia lo dice! ¿ Mujer fuerte ¿ quién la hallará ? »

Si hubiese conocido Paco Vegallana estos pensamientos de su amigo, que probaban la falsedad de su amor, le hubiera negado su eficaz auxilio en la conquista de la Regenta. Sólo el amor fuerte, invencible, podía disculparlo todo. A lo menos así lo decía la moral de Paco. Queriendo tanto y tan bien como decía don Alvaro, nada de más haría la Regenta en corresponderle. Una mujer casada, peca menos que una soltera cometiendo una falta, porque, es claro, la casada... no se compromete.

«—¡ Esta es la moral positiva!—decía el Marquesito muy serio cuando alguien le oponía cualquier argumento. Sí, señor, esta es la moral moderna, la científica; y eso que se llama el Positivismo no predica otra cosa; lo inmoral es lo que hace daño positivo á alguien. ¿ Qué daño se le hace á un marido *que no lo sabe?* »

Creía Paco que así hablaba la filosofía de última novedad, que él estimaba excelente para tales aplicaciones, aunque, como buen conservador, no la quería en las Universidades.

«¿ Por qué? Porque el saber esas cosas no es para chicos.»

Cuando llegaron al portal del palacio de Vegallana, su futuro dueño tenía lágrimas en los ojos. ¡ Tanto le había ablandado el alma la elocuencia de Mesía! ¡ Qué grande contemplaba ahora á su don Alvaro! Mucho más grande que nunca. «¿ Con que el escéptico redomado, el hombre frío, el *dandy* desengañado, tenía otro hombre dentro? ¡ Quién lo pensara! Y qué bien casaban aquellos colores (aquellos matices delicados,

quería decir Paco), aquel contraste de la aparente indiferencia, del elegante pesimismo con el oculto fervor erótico, un si es no es romántico! Si en vez de la *Historia de la Prostitución* Paquito hubiese leído ciertas novelas de moda, hubiera sabido que don Alvaro no hacía más que imitar—y de mala manera, porque él era ante todo un hombre político—á los héroes de aquellos libros elegantes. Sin embargo, algo encontraba Paco en sus lecturas parecido á Mesía; era éste una Margarita Gauthier del sexo fuerte; un hombre capaz de redimirse por amor. Era necesario redimirle, ayudarle á toda costa.

«Y que perdonase don Víctor Quintanar, incapaz de ser escéptico, frío y prosáico por fuera, romántico y dulce por dentro.»

Cuando subían la escalera, Paco Vegallana, el muchacho de más partido entre las mozas del idem, estaba resuelto:

1.º Á favorecer en cuanto pudiese los amores, que él daba por seguros, de la Regenta y Mesía. Y

2.º Á buscar, para uso propio, un acomodo neo-romántico, una *pasión-verdad*, compatible con su afición á las formas amplias y á las turgencias hiperbólicas; que él no llamaba así, por supuesto.

—¿ Quién está arriba?—preguntó á un criado, seguro de que estaría la Regenta «porque se lo daba el corazón.»

—Hay dos señoras.

—¿ Quiénes son ?

El criado meditó.

—Una creo que es doña Visita, aunque no las he visto; pero se la oye de lejos... la otra... no sé.

—Bueno, bueno—dijo Paco, volviéndose á Mesía.—Son ellas. Estos días Visita no se separa de Ana.

Á Mesía le temblaron un poco las piernas, muy contra su deseo.

—Oye—dijo—llévame primero á tu cuarto. Quiero que allí me expliques, como si te fueras á morir, la verdad, nada más que la verdad de lo que hayas notado en ella, que puede serme favorable.

—Bien; subamos.

Paco se turbó. La verdad de lo que había notado... no era gran cosa. Pero ¡bah! con un poco de imaginación... y precisamente él estaba tan excitado en aquel momento...

Las habitaciones del marquesito estaban en el segundo piso. Al llegar al vestibulo del primero, oyeron grandes carcajadas... Era en la cocina. Era la carcajada eterna de Visita.

—¡Están en la cocina!—dijo Mesía asombrado y recordando otros tiempos.

—Oye—observó Paco—¿no esperaba Visita á Obdulia en su casa para hacer empanadas y no sé qué más?

—Sí, ella lo dijo.

—Entonces... ¿cómo está aquí Visitación?

—¿Y qué hacen en la cocina?

Una hermosa cabeza de mujer, cubierta con un gorro blanco de fantasía, apareció en una ventana al otro lado del patio que había en medio de la casa. Debajo del gorro blanco flotaban graciosos y abundantes rizos negros, una boca fresca y alegre sonreía, unos ojos muy grandes y habladores hacían gestos, unos brazos robustos y bien torneados, blancos y macizos, rematados por manos de muñeca, mostraban, levantándolo por encima del gorro, un pollo pelado, que palpitaba con las ansias de la muerte; del pico caían gotas de sangre.

Obdulia, dirigiéndose á los atónitos caballeros, hizo ademán de retorcer el pescuezo á su víctima y gritó triunfante:

—¡Yo misma! ¡he sido yo misma! ¡Así, á todos los hombres!...

«¡Era Obdulia! ¡Obdulia! Luego no estaba la otra.»



Copia de la edición de 1880